



## EL TEATRO TAMBIÉN SE LEE

**L**eer teatro. Parece que hoy son pocos los que lo hacen. Yo me recuerdo leyéndolo siempre. En casa de mis padres y en la de mis tíos había muchísimos ejemplares de las colecciones teatrales de los años 20-30-40. Conservo todavía muchos de ellos que recogían las comedias de éxito de aquellos años. La colección *Teatro Moderno* que valía 50 céntimos y llevaba en sus portadas, en sintéticos dibujos, los rostros de los actores y actrices más populares, publicaba obras de los escritores españoles entonces prestigiosos. Marquina, Benavente, Arniches, Linares Rivas, Fernández Ardavín, pero también otros que ahora parecen más interesantes y que, seguramente, eran entonces verdaderamente audaces e incluso escandaloso: Gómez de la Serna, Jacinto Grau, Azorín, Unamuno, y también muchos extranjeros que hoy son clásicos y entonces debían resultar sorprendentes: Strindberg, Visen, Tolstoi, Metternich. Otra colección también barata, pero quizás más “moderna”, al menos en su presentación, ofrecía también, junto a astracadas fáciles y comedias de salón, algunos nombres extranjeros: Pirandello, Molnar, Giraudoux, y los jóvenes españoles Lorca, Casona, junto a los ya clásicos de siempre. Y aún más tardía, cabalgando ya en los años de posguerra, la colección *Teatro Selecto*, con portadas de colorines que evocaban las carteleras de cine, traía, junto a los autores de siempre, novedades como Jardiel Poncela.

**E**l adolescente apasionado que yo era, devoraba cuanto esas colecciones le ofrecía, aunque, es natural, sin criterio alguno. Pero aún sin alcanzar muchas veces sus auténticos significados, el mundo que ofrecían a mi joven entendimiento, me fascinaba.

Las acotaciones me invitaban a imaginar escenarios ya corpóreos. Los dibujitos lineales que acompañaban las ediciones de *La Farsa*, que hoy pueden verse como ejemplos deliciosos de un cierto espíritu “decó”, me hacían completarlos idealmente con colores vivísimos y gustaba imaginar los movimientos y las acciones, con viveza soñadora.

Junto a ellos, leía también ciertos “clásicos” que la biblioteca de mis abuelos ponía a mi alcance. Recuerdo muy especialmente —porque llegué a aprenderme algunas tiradas de sus versos—, las obras del Duque de Rivas desde el apasionante *Don Álvaro*, hasta el ejemplar de *Tanto vales cuanto tienes*, que me parecía entonces el sùmun de la crítica social. Y también, aunque en pequeñas dosis, Calderón y Lope, descubiertos en antologías que, al ofrecerme fragmentos bien elegidos generalmente, de sus versos, sonetos, romances o redondillas, me tentaban a buscar los textos completos en que aquellos se insertaban.

Un mundo fabuloso de pasiones, desgarramientos, amores románticos o sorprendentes interrogantes, se me abría al devorar literalmente aquellos libritos fascinantes que tenían frente a las novelas gruesas que también abordaba, la ventaja tremenda de su relativa brevedad.

**E**sas lecturas, de verano especialmente, en las largas siestas y las frescas tardes en la mecedora a la puerta del huerto, abrieron en mi sensibilidad una curiosidad hacia el mundo del teatro. Poner en pié, hacer vivir sobre una escena aquellos seres de papel, con palabras medidas, hicieron que luego, al llegar a la Universidad, me abocase a darles voz y a intentar la aventura del teatro.

Y entonces se me brindaron dos nuevos tipos de lecturas teatrales. En los años 50-60, la editorial Escelicer retomó la tradición de las colecciones de preguerra, y publicaba, en unos pequeños libritos —Ediciones Alfíl. *Colección de Teatro*—, los estrenos de Madrid. No eran años brillantes, pero aún con ello, algunas obras notables nos llegaban a través de los estrenos del Teatro Español o del María Guerrero, relativamente avanzados y “al día”. Los estrenos del primer Buero Vallejo, que nos impresionó por su aliento poético y amargo, las inevitables obras de Pemán, gloria oficial, las obras de Mihura y Tono, con su dislocado humor, tan sugestivo, la elegancia burguesa de López Rubio, eran leídas ya con un cierto sentido crítico.

Pero a la vez, y gracias a las editoriales argentinas Suramericana y Losada, un mundo absolutamente nuevo nutría mis deseos que eran también los de todos los compañeros de esos años, metidos en la locura del apasionante del T.E.U. Camus, Sartre, O’Neill, Saoyan, Tennessee Williams, Julian Green, Arthur Miller, nos llegaban en traducciones horribles, pero descubríamos en ellas un mundo fascinante y nuevo.

Una inimaginada catarata de sensaciones, de estímulos intelectuales y morales, de personajes con una vida y una intensidad desconocidas. Pensar en dar cuerpo a todo aquello era una ilusión arrebatadora... e ilusoria. A la hora de poner en pié lo leído, las ayudas “oficiales” no llegaban más allá que *La Hidalga del Valle* calderoniana. *Un Tranvía llamado deseo* quedó en un sueño.

Leer, leer, leer. Las palabras del papel no saltarían a la escena conmigo, con nosotros. Pero en aquellos años de limitación y pobreza, leer teatro era un modo de vivir, de entender, de iniciarse en el mundo de una realidad que nos estaba deseada. ■

**Alfonso E. Pérez Sánchez**  
Catedrático de la U.C.M.  
Ex-Director del Museo del Prado